

AGENDA CIUDADANA

LAS OPCIONES

Lorenzo Meyer

El Marco.- Es ya lugar común afirmar que “las próximas elecciones serán históricas”. De acuerdo, lo serán, como también lo fueron las que iniciaron el principio del fin del Porfiriato (1910), las que llenaron de energía y esperanza a una ciudadanía recién nacida y dieron un triunfo grande al pequeño Francisco I. Madero (1911); las que enfrentaron a un intelectual revolucionario --José Vasconcelos-- y a los universitarios con el recién creado pero ya mañoso PNR (1929); las que llevaron a chocar al cardenismo menguante con el conservadurismo creciente personificado por el general de tantas batallas como rostros: Juan Andrew Almazán (1940); las que llevaron a la ambición del general Miguel Henríquez Guzmán y a lo que quedaba del cardenismo a desafiar al alemanismo corrupto y a su candidato (1952) y, finalmente, las elecciones donde el nuevo cardenismo --el de Cuauhtémoc Cárdenas-- tuvo que ser detenido mediante una aparatosa “caída del sistema” neoliberal (1988). ¡Demasiadas “elecciones históricas” (y derrotas) para un país que aún no conoce la democracia política!.

Como sea, al menos por tres razones las elecciones del 2000 se añadirán a la lista de las contiendas electorales significativas de los últimos noventa años. La primera, porque las que vienen, como las elecciones ya enumeradas, también estarán llenas de contenido. En efecto, hoy el elector puede efectivamente elegir: pues existe una feroz competencia tripartita, los líderes y sus programas, en lo que cabe, son distintos. La segunda, porque al fin México posee un aparato institucional --el Instituto Federal Electoral (IFE)-- que ofrece una aceptable certidumbre de que el resultado oficial reflejará el real. La tercera, porque todo indica que ya quedó atrás o casi, el tiempo

cuando en nombre de la “democracia” pero en realidad por razones de su seguridad nacional, la gran potencia dentro de cuya esfera de influencia nos tenemos que mover, intervenía con apoyos y vetos sutiles pero efectivos en nuestro drama político.

Sin embargo, aún no llegamos a la “normalidad democrática” real. Y es que la fase final de la actual campaña electoral –la primera que tuvo dos debates públicos entre candidatos— ya se volvió a proyectar la sombra de la tradición del partido de Estado, con la “guerra sucia” contra la oposición y la compra y coacción del voto más el retorno de falta de equidad en la cobertura de los medios masivos de información –noticieros de radio y televisión--, que si bien inicialmente hicieron un cierto esfuerzo por estrenar la imparcialidad, al final les ganó su vocación y tradición y terminaron, de nuevo, del lado del viejo partido de Estado (véase al respecto, el artículo de Juan Molinar *et. al.* en Milenio diario, 25 de junio).

La Fuerza de la Costumbre.- Los indicadores nos dicen que hay una minoría sustantiva de mexicanos que, otra vez, están dispuestos a dar su apoyo al régimen político que nació en 1916 votando por el partido que ese régimen engendró en 1929. A muchos nos cuesta trabajo entender la naturaleza de los resortes que mueven a ciertos conciudadanos a aceptar y sostener la continuación de una forma de autoritarismo cuya razón de ser y vitalidad ya es historia y cuyas consecuencias más obvias son el mantenimiento del atraso político, la corrupción y la impunidad.

Aclaremos, no es difícil de entender la conducta de aquellos que son priístas porque simplemente no tienen alternativa. Un número importante de votos por el PRI proviene de personas y grupos socialmente indefensos, que no sólo no han vivido la democracia política –en ese caso estamos todos-- sino que les es difícil imaginarla y valorarla o simplemente no se pueden dar el lujo de intentarlo, pues parten del supuesto

que tal conducta les llevaría a perder los magros beneficios de los pocos programas asistenciales de combate a la pobreza que aún quedan. No es difícil entender a quienes sin ser muy pobres no viven en condiciones desahogadas, son escépticos de todo lo político y cambian el simple cruce del círculo con los colores nacionales y las letras P, R e I, por algún bien tangible: cemento, varilla o la regularización de la propiedad de un terreno. Finalmente, no cuesta nada explicar el priísmo de quienes se encuentran en el extremo opuesto del espectro social, y cuya posición privilegiada como funcionarios o empresarios depende directamente de su relación con la estructura de poder vigente. No, el verdadero reto es entender a los priístas que están en el medio del arco descrito: a los que libres de las ataduras de la pobreza extrema y sin depender objetivamente del partido de Estado, insisten en hacer depender su bienestar del país del PRI --que siga siendo lo que siempre ha sido-- y que son los auténticos conservadores.

Desde los tiempos coloniales una parte importante de la sociedad mexicana teme y se resiste al cambio. Por ello el motor de las grandes transformaciones políticas de nuestra historia ha sido siempre obra de una auténtica minoría radical que ha tenido que ir a contrapelo de las tendencias dominantes y que, con frecuencia, ha debido recurrir a la fuerza para introducir el cambio.

En cualquier caso, las cifras nos dicen que hoy la base social del PRI se encuentra en esa parte de México que ya es más pasado que presente, y que apenas está ligada al futuro. En efecto, la zona predominantemente priísta del país son los campesinos, los individuos de mayor edad y los de menor educación formal. Francisco Labastida puede ser personalmente honorable, pero ese dato es irrelevante porque como representante del priísmo él ya no es él, sino el prisionero de la gran y vieja maquinaria de su partido. Lo sustantivo no es Labastida el candidato, sino la historia del

régimen que pretende encabezar --una historia de autoritarismo, intereses, complicidades y corrupciones-- y que poco de positivo y mucho de negativo tienen que ofrecer en y al México del siglo XXI.

La Oposición Conservadora- Hoy, las encuestas nos dicen con toda claridad que un grupo numeroso de mexicanos –en realidad, la mayoría absoluta--, está dispuesta a apoyar con su voto y frecuentemente con su movilización, a las oposiciones, es decir, se propone impulsar la posibilidad de la alternancia, lo que en realidad significa no sólo un cambio de administración del gobierno sino de régimen.

Vicente Fox encabeza hoy una de las dos grandes corrientes opositoras. Nacido hace 57 años en San Francisco del Rincón, Guanajuato, Fox es, como lo recordó hace poco y con toda mala fe Francisco Labastida, hijo de madre española, pero finalmente tan mexicano como cualquier otro. Hasta hace casi trece años, Fox se había dedicado por entero a una carrera en la actividad privada, no muy distinta pero sí más exitosa que muchas otras propias de la clase media empresarial, católica y conservadora a la que él pertenece. En noviembre de 1987, y en medio de dudas, el guanajuatense se dejó arrastrar por las fuerzas de la inconformidad desatadas en la clase media por la crisis económica y política que estalló al final del gobierno de José López Portillo. En unión de otro empresario del ramo agropecuario, Manuel Clouthier, hizo su entrada a la política por la puerta de la oposición panista. Como candidato a gobernador, el personaje luchó con éxito contra un típico fraude del PRI y desde Guanajuato, y contra las expectativas, arrebató al panismo ortodoxo la candidatura presidencial del partido.

Fox no pertenece, ni de lejos, al panismo tradicional, entre otras cosas porque él no ve ya la razón de continuar como la “oposición leal” permanente y en cambio decidió inyectarle al viejo PAN el “coraje y hambre de triunfo” (A Los Pinos, Océano, 1999,

p.94) para hacer realidad lo que hasta hoy en esa organización de 60 años sólo ha sido teoría: derrotar al PRI y asumir directamente la responsabilidad de la conducción del país. Por su origen de clase y por el partido al que se adhirió, pero también por su energía personal, su optimismo, su discurso directo y agresivo, el México agraviado pero conservador ha visto en Vicente Fox a su líder, quizá porque el guanajuatense abandonó los aires de superioridad moral e intelectual tradicionales del panismo clásico y se ofreció como el mejor vehículo para que el ciudadano común pueda cobrarse la larga humillación que representan 71 años de discurso “revolucionario” pero de realidad oligárquica, antidemocrática y de corrupción institucionalizada.

Después de Almazán, Vicente Fox es el líder que desde la derecha —una que, desde luego, no ha dado lugar a que se le califique de “vende patrias” ni cosas por el estilo, como lo han hecho, al calor de la contienda electoral, tanto el PRI como el PRD— ha logrado despertar la imaginación y el entusiasmo no sólo de la clase media — numéricamente imposibilitada de ser mayoría— sino de una parte significativa del México popular.

La Opción de Izquierda.- Sí el padre de Cuauhtémoc fue también el padre del padre del PRI --del Partido de la Revolución Mexicana o PRM--, no es de extrañar que hace más de treinta años (1966), quien hoy es el líder moral del PRD y candidato presidencial por tercera vez, Cuauhtémoc Cárdenas hubiera aceptado un puesto en la CNC —la organización campesina del PRI y creada también por el presidente Lázaro Cárdenas—, ni que más tarde hubiera continuado su carrera política como senador y gobernador postulado por el PRI. No, lo realmente significativo es que en 1986 Cuauhtémoc Cárdenas, en unión de un puñado de inconformes, se hubiera atrevido a desafiar al poder presidencial en nombre de la democratización del PRI y terminara

abandonando ese partido para, desde fuera, desafiar al candidato presidencial designado por el mandatario saliente: Carlos Salinas.

Romper con el partido de Estado para encabezar la oposición al régimen fue intentado varias veces desde 1929 hasta 1952, en ese campo Cárdenas tuvo cuatro antecesores. Lo realmente único, sin precedentes, es la capacidad del ingeniero capitalino y michoacano, de resistir y sobrevivir con su dignidad intacta, a la furia del régimen, al ataque sistemático del presidencialismo patológico de Carlos Salinas y al menos brutal pero no menos empeñado en destruirlo, de Ernesto Zedillo. Sin el espacio abierto por el choque histórico de Cárdenas y de esa coalición de grupos y personalidades que es el PRD –un partido lleno de contradicciones pero con una base popular y verdadera alternativa a la izquierda radical, no electoral y favorable a la acción directa-- con el régimen presidencialista y autoritario, la oposición panista no habría tenido la oportunidad que hoy tiene de desafiar de manera efectiva a una maquinaria priísta, aún formidable pero ya no avasalladora.

Las transformaciones de la sociedad mexicana en la segunda mitad del siglo XX y los cambios en el entorno internacional de los últimos veinte años, permitieron el surgimiento de las condiciones propicias para que pudiera darse una alternativa viable al PRI. Sin embargo, no hubo nada automático en el proceso. Fueron Cárdenas y el PRD quienes con una valentía singular y a un costo personal y colectivo muy alto, mellaron de manera efectiva y definitiva el filo de los dientes de la sierra con que por varios decenios el presidencialismo sin límites y su partido de Estado, troncharon sistemáticamente todos los brotes de democracia en México. Sin embargo, la tarea de la izquierda electoral siempre ha sido de largo plazo. La democracia política, de lograrse hoy o en un futuro cercano –aún si gana en el 2000, el régimen encarnado en el PRI ya

dejo de ser viable— es, para esa izquierda que ni quiere ni debe disolverse por la búsqueda de la alternancia, sólo un paso en un proyecto mucho mayor: hacer de México lo que nunca ha podido ser: una comunidad socialmente justa.

El 2 de Julio.- Fiel a sí mismo hasta el final, el PRI está usando y va a seguir usando todos los medios de los que dispone, legítimos o no, para permanecer seis años más en la presidencia. Sin embargo, las condiciones actuales ya no le permiten el uso abierto y masivo de la ilegalidad o la violencia para mantener el control de los mecanismos del poder y, por tanto, el 2 de julio se le abre a la sociedad mexicana la posibilidad, que no la certeza, de lograr, por primera vez en su historia, un cambio no violento, constructivo, en la naturaleza de su régimen. Deseémonos suerte.